

bían cimentado su grandeza, y el 3 de septiembre, al final de un banquete, juntó en un mismo brindis á sus tres ilustres servidores: al general de Roon, que había afilado la espada, al general de Moltke, que la había dirigido, y al conde de Bismarck, que había indicado el camino que debía seguirse (1). Teniendo sólo en cuenta la dirección general de la guerra, la alabanza era bien merecida; también se justificaba aquella explosión de alegría si se evaluaban las ventajas políticas ó militares ó los provechos materiales de la última batalla. Los alemanes no dejaron de inventariar los despojos: 419 cañones de campaña ó ametralladoras, 139 piezas de plaza, 1.072 carros y 66.000 fusiles; tal fué el botín de que se apoderaron. Las pérdidas, aunque ascendían á cerca de 9.000 hombres, parecían moderadas en comparación con el resultado obtenido (2). En cambio, la desigualdad de los recursos había de menugar un poco la gloria de la fructuosa jornada: los efectivos del enemigo eran casi dobles de los nuestros y doble era también su artillería; nosotros estábamos encerrados en Sedán y nuestros adversarios ocupaban todas las posiciones que nos dominaban; finalmente, las mismas victorias que habían envalentonado á los alemanes habían desmoralizado á nuestros soldados, y si en aquella jornada de Sedán los franceses que habían combatido se habían portado admirablemente, la verdad obliga á añadir que algunos, de antemano fatigados, no habían combatido poco ni mucho.

Esta desproporción quita á la batalla del 1.º de septiembre algo del interés dramático que despiertan los grandes duelos de los pueblos. En Saint-Privat y sobre todo en Rezonville, un soplo de victoria había henchido á intervalos nuestras banderas, y con ello habíanse sentido todas las emociones intensas de la partida terrible en que se jugaba la suerte de la patria; pero en Sedán, la certidumbre del desenlace destruía esa parte de esperanza que anima las luchas humanas. Casi todas las grandes batallas de la historia se distinguen por un rasgo especial; lo que caracteriza á la de Sedán es, por parte de nuestros adversarios, un alarde de fuerza material, mecánico, brutal, como jamás se había visto otro semejante. Al amanecer hubo una empeñada lucha de infantería en Bazeilles, pero fué un simple episodio, un simple combate parcial, aunque largo, tenaz y sangriento, ya que muy pronto aparecieron las baterías, ocuparon las alturas por todos lados, y lo barrieron, pulverizaron y dispersaron todo. Fué el triunfo de la ciencia aplicada al arte de destruir, el triunfo de la muerte llevada á gran distancia y á adversarios impotentes para contestar: en una palabra, la batalla, más que una lucha fué un aniquilamiento.

¿Hubo en aquella jornada algún momento en que fuera posible la salvación? Según todas las apariencias, en las primeras horas se habrían podido dirigir hacia el Oeste algunas porciones del ejército, haciendo que regresara hacia el Norte, hacia París, no todo, pero sí algo. De todos modos la lucha sostenida á la salida del desfiladero de Saint-Albert permitía las combinaciones

(1) Abeken, *Ein schlichtes Leben in bewegter Zeit*, pág. 407.

(2) *La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 1225.

de la habilidad y reservaba algunas probabilidades al valor; y Ducrot se aferró fuertemente á esta idea, la única digna de un hombre de guerra. Ya sabemos lo que sucedió después: el abandono de aquel plan fué fatal para el país, pero tal vez con ello salió gananciosa la memoria de Ducrot, porque Francia, que habría ignorado eternamente la catástrofe total de que se había librado, no hubiese tenido en cuenta para la gloria del general lo que éste habría salvado, y en cambio le hubiese echado siempre en cara lo que habría dejado perder.

Aquella fué la única oportunidad que se presentó. Después no quedó más recurso que rendirse ó morir. Cuando el tiempo ha borrado la huella de los dolores privados, los pueblos menos agradecen á sus soberanos la sangre ahorrada que se enorgullecen de la sangre vertida. Tal vez condenando á sus soldados y condenándose á sí mismo á una pérdida cierta, Napoleón habría podido, á costa de una espantosa tragedia, salvar á la leyenda imperial y á su dinastía de un golpe mortal; pero el alma del monarca, muy aguerrida contra los peligros personales, era demasiado humana para estas feroces inmolaciones. Un día, hablando en Chislehurst con uno de los que le visitaban en su destierro, decía: «Han supuesto algunos que sepultándonos bajo las ruinas de Sedán habríamos servido mejor á mi nombre y á mi dinastía; es posible, pero tener en la mano la vida de millares de hombres y no hacer un signo para salvarlos era cosa superior á mis fuerzas.» Y añadía el pobre príncipe: «Mi corazón rechaza estas siniestras grandezas.» ¿A quién no conmueven estas palabras? La verdadera historia aplica sus severidades á la época en que las faltas se cometen, no en la época en que las faltas se pagan. Las faltas son la increíble serie de aberraciones, de ignorancias, de ensueños ambiciosos y débiles que habían puesto las cosas á punto para la última humillación; Sedán es la expiación simplemente. Durante todo el reinado hubo culpables; el día 1.º de septiembre, en la pequeña plaza fuerte en donde se hundió Francia, hubo principalmente desgraciados, y en medio de éstos, el emperador, más infortunado que los demás, ya no era nada. Cuando todo se hubo derrumbado, cuando se llegó al extremo de rechazar el mando los mismos que antes lo solicitaran, el monarca intervino con la tristeza impasible de su grandeza desilusionada, y antes de caer para siempre, volvió á ser por última vez el soberano para contener la efusión de sangre. No sé si me engaño, pero, en mi concepto, este último acto completa el retrato del hombre funesto, pero no odioso, complejo y complicado, pero no vulgar, ofuscado, pero no despreciable, quimérico, pero generoso, cuya historia toca á su término. La Providencia, al herirle, se negaba á degradarlo del todo, y sobre aquella existencia, en la que todos los rayos se apagaban, dejaba brillar ese rayo divino que nace de la bondad. El pobre emperador, que siempre había sido bueno, lo sería hasta el fin; la bondad sería su característica y subsistiría como una armonía postrera en medio de todas las incoherencias de su reinado; y el que toda su vida había sido príncipe humanitario coronaría, á lo menos, su historia con un acto de humanidad.

LIBRO CUADRAGÉSIMO SEXTO

EL 4 DE SEPTIEMBRE

- SUMARIO: I.—París: los días 1.º y 2 de septiembre; noticias que llegan por conducto del general Vinoy; cómo se completan las informaciones.—Día 3 de septiembre; sesión de la Cámara: divulgación oficial del gran desastre.
- II.—Conductas que puede seguir el gobierno: consejo de ministros; cómo el gobierno no sabe ni concentrar vigorosamente el poder en sus manos ni desprenderse de él oportunamente en favor de la Cámara.—El Cuerpo legislativo: cómo el Sr. Schneider convoca la Cámara para una sesión nocturna.—La sesión de la Cámara: declaración de Palikao; cómo no formula ninguna proposición.—Julio Favre: proposición de destitución: se levanta la sesión.—Abatimiento que reina entre los consejeros y los funcionarios de la regencia.
- III.—El 4 de septiembre: aspecto de la ciudad al comienzo de la jornada.—Disposiciones que reinan en el Palacio Borbón: la izquierda: Thiers y los centros; la mayoría.—Consejo en las Tullerías: el Sr. Schneider; concesiones que parecen resueltas; cómo estas concesiones son tardías é incompletas.
- IV.—Cómo aumentan las bandas populares: ¿hubo conspiración ó manifestación espontánea?—Cuáles eran las fuerzas de que disponía el gobierno para mantener el orden; qué hombre únicamente habría podido inspirar confianza y hacerse obedecer: Trochu; su condición; papel que desempeñó.
- V.—Llegada de la fuerza pública.—Los espectadores de las tribunas; aspecto del salón antes de abrirse la sesión.—Los diputados; conferencias y conciliábulos; el Sr. Buffet y algunos de sus colegas en las Tullerías.—La sesión parlamentaria: las tres mociones: el general de Palikao; Julio Favre; Thiers.—Reunión en las secciones: opinión favorable al proyecto de Thiers: nombramiento de la Comisión; tumulto que se produce de repente en el palacio legislativo.
- VI.—La manifestación: cómo algunos destacamentos de guardias nacionales no requeridos para el servicio logran pasar el puente de la Concordia.—La policía recibe orden de retirarse.—Conferencias junto á las verjas del palacio: cómo estas verjas se entreabren y acaban por ceder del todo.—Los primeros invasores: esfuerzos para contenerlos; cómo es invadido el mismo salón de sesiones.—Gambetta; el Sr. Schneider.—Cómo el Sr. Schneider abandona el sillón presidencial.—Los facciosos son dueños del salón de sesiones.—Cómo los diputados de la izquierda, desesperanzados de contener la revolución, deciden adherirse á ella; de qué modo arrastran á la multitud hacia el Hotel de Ville (Casas Consistoriales).
- VII.—El Hotel de Ville: formación del gobierno provisional.—Trochu: su adhesión.
- VIII.—Las Tullerías: huida de la emperatriz.—El Senado: su última sesión.—El Cuerpo legislativo: sesión en el comedor de la presidencia; conferencias con los diputados instalados en el Hotel de Ville y cómo fracasan estas negociaciones.—Estado de la ciudad durante la noche del 4 de septiembre.
- IX.—Cómo desaparecen las últimas huellas del imperio.—La familia imperial.—Los funcionarios.—Última protesta del Cuerpo legislativo.—Cómo la población parisiense, después de las manifestaciones del 4 de septiembre, recobra al día siguiente su lucidez y con ella la conciencia de sus inmensos peligros.—El segundo imperio ha terminado.—Los prusianos se aproximan á París.

I

Los días 29, 30 y 31 de agosto habían transcurrido en París sin noticias positivas, y era opinión general que los prusianos, abandonando el camino de la capital, se dirigían hacia Vouziers y Montmedy. Como no había informes oficiales, los periódicos acogían los rumores y á los caprichosos relatos de toda clase añadían una erudición geográfica no menos caprichosa. Para dar ánimo, se detallaba, se ampliaba todo cuanto desfavorable á nuestros enemigos contenían las correspondencias extranjeras, diciendo que estaban organizados para una campaña pequeña, no para un esfuerzo duradero; que ya sufrirán á consecuencia de las marchas, de las intemperias, de las privaciones; que habían perdido desde el comienzo de la guerra 200.000 hombres y que cada día de hostilidades les costaba 10 millones. Pero ni esta abundancia de consideraciones ni este exceso de optimismo tranquilizaban los espíritus, y el público, inquieto por tan largo silencio, acusaba al gobierno de ocultar la verdad. Es más, hasta los mismos individuos del gabinete sospechaban que Palikao les ocultaba los despachos, y el ministro del Inte-

rior, Sr. Chevreau, no pudiendo ya con aquella situación, envió al teatro de la guerra á dos relatores del Consejo de Estado con encargo de traer lo más pronto posible noticias concretas (1).

El 1.º de septiembre, telegramas de origen prusiano publicados en el *Times* anunciaron la derrota de Beaumont; pero en las regiones oficiales se trató de obscurer lo que no se podía negar y se habló de una serie de encuentros en los que las derrotas habían alternado con las victorias. Después circularon algunos despachos favorables, hasta triunfantes, pero tan inverosímiles que no hacían sino aguijonear la ansiedad; y en el entretanto, los más perspicaces, reconstituyendo una parte de la realidad, aunque sin abarcarla toda, se hacían perfecto cargo de los espantosos peligros que corría Mac-Mahón. No había que perder un momento para traer á París el ejército de Chalóns: así hablaban en el Consejo de defensa Thiers, el general de Chabaud-La-Tour, el general Trochu y hasta Jerónimo David (2).

(1) Relato manuscrito de León Chevreau.

(2) Declaración del general de Chabaud-La-Tour, proceso del general Trochu contra *Le Figaro* (*Gazette des Tribunaux*, 29 de marzo de 1872).

y Thiers añadía: «Ya tenéis un mariscal bloqueado; pronto tendréis dos.»

Aquel 1.º de septiembre era el día de la gran batalla. Por la mañana, un boletín del *Journal Officiel* comunicó al público todo lo que podía tranquilizarle: el empréstito había sido cubierto con exceso; el ejército estaba animado del más patriótico espíritu; las potencias manifestaban las mejores disposiciones. En el Palacio Borbón habíase abierto la sesión a la hora de costumbre y se discutía, como hubiera podido hacerse en los días de mayor calma, un proyecto sobre el *Banco de Argelia*, cuando a eso de las cuatro de la tarde el ministro de la Guerra recibió el primer despacho que dejaba entrever la inmensidad de nuestros infortunios.

Aquel despacho procedía de Mezieres: allí estaba, con una parte del 13.º cuerpo, Vinoy, quien a cosa de la una había visto desde lo alto de la ciudadela a varios soldados y artilleros que se dirigían en desorden a la plaza. Algo más tarde había llegado a aquel pueblo el teniente coronel Tissier, segundo jefe de Estado mayor de Mac-Mahón, que había abandonado el campo de batalla a las nueve y era portador de los papeles del mariscal que tenía el encargo de poner en lugar seguro. «Mi general, dijo a Vinoy, todo está perdido; Sedán se halla bloqueada, el ejército cercado y el mariscal está herido; me ha confiado sus papeles y me ha dicho que partiera como pudiese.» Tales eran las noticias incompletas, pero espantosas, que el comandante del 13.º cuerpo acababa de transmitir a Palikao.

A las cinco de la tarde, el ministro de la Guerra telegrafió a Vinoy: «En las actuales circunstancias, os dejo en libertad de acción en lo concerniente al 13.º cuerpo. Suspendo todos los convoyes de material a Mezieres. Espero que Mezieres sabrá resistir. Reunid ahí todo cuanto sea necesario en punto a provisiones y víveres (1).» Lo esencial era no intentar un combate inútil, sino preservar del contagio de la derrota a unas tropas jóvenes, impresionables, bisonas. A la caída de la tarde, el comandante del 13.º cuerpo reunió sus regimientos, cuando ya algunos hulanos, aproximándose a las murallas, se tiroteaban con nuestras avanzadas; y durante la noche, el pequeño ejército tomó la carretera de Rethel y comenzó la retirada que había de llevarlo a Laón y luego a París (2).

Los vencidos que habían atravesado las líneas prusianas huían confusamente hacia Nouzón y hacia Rocroi ó se dirigían a Hirson remontando la carretera de Flandes. En la mañana del 2, un despacho de uno de los subprefectos de las Ardenas dirigido al ministro del Interior dió cuenta del paso de numerosos fugitivos (3) y durante el día fueron llegando otros mensajes análogos, enviados por los alcaldes y los subprefectos. ¡Cosa singular! Al mismo tiempo, un telegrama muy incoherente, recibido de Londres, anunciaba que los franceses habían obtenido la antevíspera una victoria y que Bazaine empujaba a los prusianos hacia Sedán (4).

(1) Véase general Vinoy, *Opérations du 13.º corps*, anexos, páginas 431-432.

(2) Véase general Vinoy, *Opérations du 13.º corps*, anexos, págs. 54 y siguientes. — *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Vinoy, tomo III, págs. 111-112.

(3) Relato manuscrito de León Chevreau.

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Palikao, tomo I, pág. 170.

Al público nada se le dijo de estas noticias. Los diputados se reunieron, y en medio de la general indiferencia, se discutió un proyecto sobre la elección de los oficiales de la guardia nacional. En esto, presentóse el general Palikao y todo el mundo se lanzó a su encuentro: «Hay, dijo, noticias favorables, otras menos buenas, pero tan contradictorias, que nada puedo decir... Os diré lo que sepa;» y luego, rectificándose, añadió: «A lo menos lo que sepa oficialmente.»

¿Terminó el día 2 sin que llegaran al ministerio de la Guerra esos informes oficiales, únicos que se quería tener en cuenta? El general de Palikao ha afirmado su ignorancia; sin embargo, en el relato del gran Estado mayor prusiano se lee lo siguiente: «Después de la capitulación, el general de Wimpffen dirigió al ministerio de la Guerra en París, por mediación del Estado mayor alemán, un telegrama en que le comunicaba la suerte del ejército de Chalóns (5).» El relato alemán, inexacto en algunos puntos, ¿lo es también en este? A falta del general de Palikao, uno de los ministros recibió, a eso de las seis, por un conducto no oficial, pero segurísimo, la plena confirmación del desastre.

Este ministro era Jerónimo David, encargado de la cartera de Obras públicas, quien algunos días antes había enviado al teatro de la guerra a su amigo, el señor de Bouville, ex prefecto, con la misión de inspeccionar las vías férreas, y le había entregado al partir una clave especial que asegurase el secreto de sus comunicaciones. Pues bien, el Sr. de Bouville, al atardecer, había expedido con aquella clave desde Bruselas un despacho concebido en estos términos: «Gran desastre, Mac-Mahón muerto, el emperador prisionero, ignoro dónde está el príncipe imperial (6).»

Jerónimo David comunicó el despacho a la emperatriz, pero no a sus colegas, según parece. Anochece, y el ministro se fué al Comité de defensa, en donde Thiers, continuando la exposición del plan que hacía algunos días desarrollaba, reclamó, cada vez con mayor insistencia, la retirada de Mac-Mahón hacia París. Mientras Thiers hablaba, Jerónimo David, con la cabeza hundida entre las manos, permanecía inmóvil y como absorto; pero al ver que el orador se iba animando, se acercó a él y le dijo al oído: «No insistáis más, os lo suplico; dentro de un momento habré de decir algo.» Ante estas palabras, que anunciaban una confianza extraordinaria, Thiers se calló, y como su silencio abrevió la discusión, la sesión terminó algo menos tarde que de costumbre. Cuando el ministro y el hombre de Estado estuvieron solos en la calle de Saint-Dominique, el primero reveló el terrible secreto: el ejército había perdido a su jefe y caído prisionero y el emperador hallábase cautivo. La realidad sobrepujaba a cuanto podía temer el patriotismo y a cuanto podían prever la perspicacia y el odio; y aquellos dos hombres, tan diferente el uno del otro y que apenas se conocían, coincidieron en una sola cosa: en el convencimiento de que Francia había sido herida en el corazón y de que el imperio estaba perdido. Encamináronse al puente Solferino, y una vez allí, antes de separar-

(5) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Palikao, tomo II, pág. 1223.

(6) Véanse los notabilísimos estudios de Esteban Lamy sobre el *Second Empire*, págs. 343-344 y nota.

se, en aquella noche fría y oscura, se detuvieron algún tiempo buscando ansiosamente y con honda preocupación un remedio. De los labios de Jerónimo David se escapó una frase que revelaba la oculta esperanza de salvar la regencia, aunque fuera confiándola a sus adversarios: «No os desconsoléis, dijo a Thiers; todavía podéis prestar grandes servicios al país y es preciso que se los prestéis.» La indicación era tanto más significativa cuanto que emanaba de uno de los partidarios del imperio autoritario. La respuesta fué la expresión de un abrumado desaliento: «Nada puedo; es demasiado tarde. ¿Dónde estaremos dentro de ocho días?» Dicho esto, Thiers se separó de su acompañante (1).

Amaneció el 3 de septiembre. Por la ciudad circulaban rumores siniestros, cuya certeza negaban algunos, y los ánimos, inclinados a la incredulidad gracias a la abundancia de noticias falsas, se negaban a desesperarse, del mismo modo que habrían vacilado en entregarse a la alegría; y mientras la gente luchaba entre la angustia de ignorar y el temor de saber, llegaron de Bruselas despachos de origen particular, pero muy dignos de crédito, que, sin dar detalles, revelaban, a lo menos en parte, la catástrofe, y además, de los trenes procedentes de Bélgica bajaron viajeros que confirmaron aquellos terribles rumores. Diputados, periodistas, bolsistas acudieron presurosos al ministerio del Interior y al ministerio de la Guerra: en la plaza Beauvau nada se sabía oficialmente, pero todo el mundo estaba consternado; en la calle de Saint-Dominique alegábase la misma ignorancia, pero vagaban por allí, en un desorden lleno de azoramiento, oficiales de estado mayor, unos pálidos de emoción, otros con los ojos enrojecidos de haber llorado. Los diputados de la izquierda se reunieron y supieron entonces por una confidencia de Thiers, según uno de ellos ha afirmado, lo que Jerónimo David le había dicho (2). Parecióles que las cosas en breve estarían a punto para las resoluciones definitivas; pero, en parte por impotencia y en parte por moderación, no habían de aspirar al poder para sí mismos, sino que habían de adornar al Cuerpo legislativo con los despojos imperiales. Bajo estas apacibles apariencias, la República seguiría su camino esperando que llegase su hora. ¿Cuál sería la comisión ejecutiva que saldría del Palacio Borbón? Pronunciábanse varios nombres: Trochu, militar expertísimo, liberal probado, víctima, según se decía, del Imperio, y por todos estos conceptos necesario; el Sr. Schneider, hombre de negocios en la medida suficiente para tranquilizar los intereses, aun los más tímidos, con un matiz de ese liberalismo templado que había de ser la nota dominante en el Cuerpo legislativo arrepenido, y por añadidura bastante escéptico para no constituir nunca un estorbo; y finalmente Thiers, cuya respetabilidad se había aumentado con todo el descrédito del Imperio, y cuyas justificadas previsiones le habían dado el prestigio de la popularidad. Como este último personaje tomaba parte en los conciliábulos de la oposición, Julio Favre, Simon, Picard y quizás también Gambetta, le suplicaron que tomara su parte del poder que pronto quedaría vacante, a lo que se negó desde luego; su buen sentido le hacía ver que la si-

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Thiers, tomo I, páginas 13-14.

(2) Julio Simón, *Origine et chute du second Empire*, pág. 340.

tuación no tenía remedio, y su egoísmo le decía que dejara que los demás se gastasen mientras él se reservaba. «Yo no, dijo; yo no, os lo ruego;» y se substraía a las instancias de sus amigos de la izquierda, como la noche antes, en el puente de Solferino, se había substraído a la insinuación de Jerónimo David.

La emperatriz había guardado secreto el despacho del Sr. Bouville; abandonada a sí misma, acariciaba la ilusión de que participan todos los poderes vencidos, cual es la de contener su caída haciéndose populares, y mientras los diputados de la izquierda fingían una moderación que les movía a eclipsarse, dedicábase a buscar concursos que significasen reparación de las faltas pasadas y consolidación de la libertad. ¿Qué nombre podía responder mejor que el de Thiers a este programa? A las palabras de Jerónimo David sucedieron indicaciones más directas, y el Sr. Merimée, amigo antiguo, fiel y discreto, unido a la emperatriz por gran intimidad, fué el emisario escogido para sondear a aquel a quien se quería atraer. Aunque ya muy enfermo, tanto que un mes después fallecía, se dirigió trabajosamente el Sr. Merimée, en la tarde del 3 de septiembre, a casa de Thiers: «Ya supondréis el objeto de mi visita,» le dijo; y habiendo Thiers hecho un ademán afirmativo, añadió: «Podéis prestarnos un gran servicio: las dinastías os son indiferentes y os preocupáis sobre todo de Francia; el emperador se encuentra prisionero, y sólo quedan una mujer y un niño. ¡Qué ocasión de fundar para siempre un gobierno representivo!» La respuesta desvaneció toda esperanza, y podía resumirse en una sola frase: no había ya nada que hacer. El Sr. Merimée, rebajando el objeto de su misión, no habló ya de participación en el poder, sino de simples consejos para transmitirlos a las Tullerías: «¿Qué consejos puedo dar?, replicó Thiers con mayor desaliento. El ministerio ha sido mal constituido, pero en los actuales momentos no es posible refundirlo ni reemplazarlo; y en cuanto a la abdicación del emperador, sólo un amigo, y un amigo probado, puede sugerir tal idea. Queda únicamente la dirección de las operaciones militares; pero ¿qué decir, qué hacer cuando todo desaparece? No tenemos más que a Bazaine; ¿se puede comunicar con él todavía?» Con estas palabras de una sensatez real, pero egoísta, terminó la conferencia (3). Si mis informes son exactos, también intentó llevar a Thiers a las Tullerías un diputado y ex chambelán, el Sr. de Aignesvives; y un paso análogo dió al día siguiente el Sr. de Metternich; pero la misma terminante negativa que había recibido Merimée sellaría, desde sus primeras palabras, los labios de los demás negociadores.

A las tres, abrióse la sesión parlamentaria. Las explicaciones de Palikao eran esperadas con curiosa ansiedad y el público tenía aún la débil esperanza de que los despachos oficiosos, propagados desde la mañana, serían, si no desmentidos, siquiera mitigados; pero las palabras del ministro acabaron de aumentar el espanto. Palikao no negó ni afirmó nada, mas lo dejó adivinar todo, y en unas cuantas frases incoherentes trazó un cuadro no menos incoherente de la situación militar, en el que al través de la confusión de las palabras se

(3) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Thiers, tomo I, pág. 14.

traslucía el horror de las cosas, y anunció acontecimientos graves, oficialmente ignorados, pero «algunos de los cuales debían ser ciertos.» Las semi confesiones iban envueltas en un resto de pueril fanfarronada que había de comprometer la dignidad del infortunio. «Al principio, decía Palikao, arrojamos una parte del ejército prusiano al Mosa; pero luego, abrumados sin duda por el número, hubimos de retirarnos ó á Mezières ó á Sedán, ó también, aunque en pequeño número, al territorio belga.» El final del discurso aumentó la impresión de tristeza: «Acaso hay otras noticias de índole más grave, tales como la herida del mariscal Mac-Mahón y otras que se han propalado; pero declaro que no hemos recibido ningún informe oficial de este género.» Así habló el general, causando espanto con sus confesiones y aun más con sus reticencias, y entreteniéndose en vanos simulacros de esperanza que no engañaban al auditorio ni al mismo orador. Cuando el ministro volvió á su puesto, Julio Favre pidió la palabra: «El gobierno, dijo, ha cesado de hecho de existir... Para evitar toda confusión, es necesario que todos los partidos desaparezcán ante el nombre de un militar que se encargue de la defensa de la nación.» Sin nombrar á Trochu, Favre lo designó claramente. «Ante él, añadió, deben desaparecer todos los fantasmas de gobierno.» Faltaba sólo llevar hasta el extremo la audacia y formular la proposición de destitución.

La sesión se levantó á las cuatro y media, y mientras estaban reunidos los diputados, presentábase en las Tullerías el director de las líneas telegráficas, Sr. de Voigny, que llevaba el despacho oficial. Al fin había llegado; era del emperador á la emperatriz. El ministro del Interior lo cogió de manos del Sr. de Voigny y lo entregó á su soberana; el parte contenía estas solas palabras: «El ejército está deshecho y cautivo; yo mismo soy prisionero.»

II

Todo lo que desde la víspera se sospechaba, todo lo que se afirmaba desde la mañana, destacábase en plena luz. Para encontrar infortunios parecidos era preciso remontarse hasta los tiempos de Carlos el Gordo, hasta los días del tratado de Troyes. Los ministros, convocados con urgencia, reuniéronse en las Tullerías. ¿Podía salvarse todavía el Imperio? Sólo dos conductas eran posibles. Consistía la primera en empuñar de nuevo vigorosamente las riendas del gobierno, dictar incontinenti las medidas de pública salvación, apoyarse en las fuerzas de policía y preparar en el silencio impuesto á todos la defensa de la capital contra el enemigo. Por grande que fuera la impopularidad de la derrota, este plan ofrecía algunas probabilidades de éxito para el Imperio. La segunda conducta, enteramente contraria, se reducía á conferir al Cuerpo legislativo los principales atributos del poder, engrandeciéndole lo suficiente para que no sintiera tentaciones de usurpación, y obrando con premura á fin de que el desprendimiento pareciera espontáneo y mereciera cierta gratitud. Si la soberana sabía conservar el mérito de la iniciativa, la Comisión elegida por la Cámara se resentiría sin duda de este acuerdo y la elección, según todas las apariencias, indicaría la voluntad de suplir la regencia, no

de abolirla. La emperatriz se reservaría un derecho, más ó menos nominal, de intervención ó aprobación; pero en todo lo demás su personalidad desaparecería, al modo que una mujer débil, en medio de una gran tempestad, abandona el timón á manos más robustas. De esta manera, mediante un expediente aceptable, se aseguraría para el presente un orden medio regular; y en cuanto al porvenir, la suerte de los combates y la voluntad de Dios decidirían los destinos de la dinastía napoleónica.

Que ambas combinaciones entrañaban muchos peligros, era indiscutible. Si la regente, por virtud de una reacción brusca, reanudaba el poder personal, corría el riesgo de sublevar las pasiones populares, y ora triunfase del motín, ora sucumbiese á él, la odiosidad de una guerra intestina añadida á la guerra extranjera sería una mancha indeleble en el reinado y en la dinastía. Si, por el contrario, mediante una abdicación temporal y parcial, la emperatriz desaparecía ante la Cámara, la comisión parlamentaria ofrecería todos los inconvenientes de los poderes directoriales: solicitada por opuestas tendencias, no se sabía á qué corriente obedecería, y según el curso de los acontecimientos ó según el azar, podría ser arrastrada muy lejos del Imperio. Mas, por muy fundados que fuesen estos temores, habíase llegado á ese grado de desgracia en que sólo cabe elegir entre los peligros. Una dinastía tradicional ligada al pueblo por un vínculo cimentado de siglo en siglo, suma, en tiempos de prueba, su fuerza propia á la fuerza de la nación; pero la monarquía napoleónica, dinastía aventurera, sólo vivía por el triunfo y, al llegar el momento de los reveses, hallábase reducida á la dura condición de perecer ó de transformarse bajo el fuego del enemigo.

El tiempo apremiaba, y en aquella ocasión se comió la gran falta: los consejeros de la regente no tuvieron ni la audacia que sabe usurpar ni la prudente abnegación que abdica oportunamente, y uno tras otro fueron llegando todos, desparvoridos ante el desastre en que se aniquilaba su energía. Palikao había sostenido hasta entonces su papel con jactancioso aplomo; pero en presencia de la abrumadora realidad toda aquella serenidad artificiosa se venía abajo; y sus colegas, hombres de distinguida inteligencia y de honor, no tenían, sin embargo, talle para dominar tales tempestades. Era preciso hacer pública la catástrofe y Clemente Duvernois quedó encargado de redactar el manifiesto que debía anunciarla; después de acordar esto, la discusión se desvió de su curso principal y se trataron varios asuntos, tales como la necesidad de negociar y la urgencia de establecer en Tours ó en Bourges una delegación del gobierno. Según parece, no se discutió ningún plan para concentrar la autoridad, aunque fuese á costa de una dictadura, antes al contrario toda idea de esta índole fué posteriormente desautorizada formalmente. Quedaba la otra solución, muy arriesgada, pero la menos mala al fin y al cabo, ó sea la que consistía en apoyarse en el Cuerpo legislativo, en consentir en un abandono más ó menos completo en favor suyo, en intentar la salvación desprendiéndose de atribuciones; pero esta conducta exigía que sin perder un momento se pusiera el gobierno en comunicación con los diputados. Después de examinada la situación, desistióse de celebrar una

sesión nocturna que, según dijeron, sobreexcitaría la inquietud pública, y se decidió no reunir la Cámara hasta el día siguiente, y no á primera hora, sino al mediodía. A eso de las siete y media de la tarde, cuando hacía rato que duraba la discusión, llegó el Sr. Schneider, á quien también se había convocado y á quien correspondía, como presidente del Cuerpo legislativo, buscar un terreno de inteligencia entre el gobierno y los diputados. Aprovechando una interrupción del consejo, logró acercarse á la emperatriz y le sugirió, según afirmó posteriormente, el remedio extremo que, al parecer, la situación exigía, y este remedio era, según todas las probabilidades, el desposeimiento voluntario en favor de la Cámara. El Sr. Schneider, cuando hubo apuntado el expediente, no insistió en él, sea por respetuosa reserva, sea por el triste convencimiento de que desde aquel instante toda habilidad sería ineficaz. ¿Aconsejó ó combatió la idea de una sesión nocturna? Los recuerdos de los testigos presenciales son en este punto contradictorios. A las ocho separáronse los ministros, sin haber resuelto nada.

Durante aquellas horas de que tan pródigos se mostraban los ministros cuando hubiera sido preciso mostrarse de ellas muy avaros, habían de disgregarse todas las fuerzas que la mano vigorosa del imperio había creado. A la caída de la tarde, la gran noticia, aunque no propagada todavía por los pasquines, era generalmente conocida en el mundo político. En el salón de conferencias, algunos diputados que después de comer habían vuelto al Palacio Borbón, se interrogaban ansiosamente: «¿Es cierto?—¿Qué?—Lo de Sedán.—Lo es, por desgracia.» Varios añadían, después de una pausa: «¿Qué, no haremos nada?» Estas palabras resumían la angustia de aquellos que, comprendiendo que todo se derrumbaba, aspiraban cuando menos á salvar de entre las ruinas á Francia y á sí mismos; y en esta aspiración se confundían no sólo los miembros del centro izquierdo y del centro derecho, sino también muchos antiguos bonapartistas. Si los consejeros de la regente, realizando un acto de gobierno, otorgaban con pronta resolución lo que ya no podían retener, el precio de su sacrificio sería una probabilidad, débil sí, pero probabilidad al fin, de salvar el imperio; pero si tardaban en resolverse, todo estaría perdido para siempre.

A eso de las ocho y media el Sr. Schneider había regresado á la presidencia, y mientras estaba comiendo pasóle recado de que varios diputados deseaban verle y reclamaban la celebración de una sesión nocturna. A fin de tomarse tiempo para reflexionar, les hizo decir que esperasen y á todo evento mandó que se extendieran los avisos de convocatoria. Su perplejidad era grande: había tomado parte en las deliberaciones del consejo que acababa de aplazar toda reunión para el día siguiente, y por otra parte, su sagacidad le hacía ver el peligro del aplazamiento. Al fin hizo pasar á los representantes, que eran, á lo que se recuerda, los Sres. Dreolle, Calvet-Rogniat, Dalmas y Keratry. «Conviene, dijo el Sr. Dreolle, que el pueblo de París, al enterarse oficialmente del desastre, se entere también de las medidas adoptadas por los poderes públicos.» El Sr. Schneider rechazó al pronto la petición pretextando las dificultades de la convocatoria: «Que no sea esto un obstáculo, repuso el Sr. de Keratry, porque la mayoría de

nuestros colegas han vuelto al Palacio.» En esto llegaron á la presidencia otros diputados, entre ellos los señores Martel, Lefevre-Pontalis y Josseau, y muy pronto fueron los reunidos más de cuarenta. Todos emplearon idéntico lenguaje, todos manifestaron que la magnitud de los acontecimientos exigía la convocación inmediata de los elegidos de la nación y que la Cámara podría obrar con más libertad de acción mientras el pueblo de París ignorase todavía la extensión del desastre. Esto mismo pensaba precisamente el Sr. Schneider, á quien embarazaba tan sólo la reciente decisión de los ministros. En aquel momento se presentaron algunos miem-



Keratry

bros de la oposición, como Julio Favre, Picard y otros: Julio Favre, que acababa de conferenciar con sus amigos, no ocultaba su propósito de pedir la destitución, y el presidente, demasiado ilustrado para abrigar muchas ilusiones respecto del imperio y demasiado escéptico para irritarse mucho, limitóse á hacer algunas tristes y corteses objeciones. Si la salvación era aún posible, había de lograrse en el Cuerpo legislativo con la estrecha unión de los centros y de la antigua mayoría. Desvanecidos al fin los últimos escrúpulos del señor Schneider, éste convocó la Cámara para las doce de la noche (1).

Los ministros, que se habían procurado una tregua hasta el día siguiente, sintieron gran sorpresa y no menor contrariedad al tener noticia de la reunión. Sucesivamente llegaron al Palacio Borbón y, entrando en el despacho del Sr. Schneider, dirigieron á éste duros reproches y pidieron, aunque en vano, que la decisión fuese revocada. «No acudiremos á la sesión, decían los más excitados.—Desgraciadamente, replicaban otros tristemente desilusionados, si nos abstenemos de asistir se prescindirá de nosotros.» El más indignado era el

(1) Véase *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaraciones de Dreolle, Schneider, Keratry, Josseau, etc.—Julio Favre, *Le gouvernement de la défense nationale*, 1.^a parte, pág. 60.—Dreolle, *La journée du 4 septembre*, passim.